



bres persistían en el culto de un solo Dios (1).

El hijo de Sirach tiene una palabra notable sobre la época de la dispersión. Después de haber dicho que Dios hizo una alianza eterna con los hombres, que les manifestó su justicia y sus juicios, que recomendó cada uno á todos, lo que se entiende naturalmente de la alianza que Dios hizo con Noé, y de la pena capital que pronunció contra el homicida, añade: «Y nombró á cada nación un gobernador, un jefe; pero Israel fué la parte visible de Dios (2).» Así entre todos los pueblos, Dios se escogió uno que conduce con una providencia completamente especial y para los fines que más tarde veremos; pero por esto no abandona á los demás. Su providencia general lo abraza todo; nombra á cada uno un jefe visible y otro invisible: el visible, es el príncipe, el magistrado supremo; el invisible, es un ángel tutelar. Porque es indudable que Dios, que da á cada individuo un ángel custodio, no haga otro tanto para cada pueblo. Así vemos en Daniel el ángel-príncipe de los persas, el ángel-príncipe de los griegos, el ángel-príncipe de los indios. Por otro lado, el enemigo de Dios y de los hombres, Satanás, que es llamado en el Evangelio el príncipe de este mundo, el dios de este siglo, no habrá dejado de distribuir así los suyos, para seducir de esta manera toda la tierra. ¿No nos dice el Apóstol que tenemos que combatir, no sólo contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra los poderes, contra los *cosmócratas* de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de malicia esparcidos en las regiones celestes ó en los aires (3)? Mientras que los pueblos, además de la providencia suprema de Dios, que todo lo coordina á su fines, se crean aún sometidos á la influencia subalterna de seres sobrehumanos, de espíritus buenos ó malos, no temen á aquel que es. Y si más de una vez se engañan en la aplicación, el error, en esto como en todo lo demás, no es más que una verdad de la cual se abusa, del mismo modo que el mal no es más que un abuso del bien.

(1) *Summa*, S. Th., 22, q. 174, a. b. c.

(2) *Eccli.*, 17, 14 y 15.

(3) *Ephes.*, 6, 12.

El primer rey, el primer soberano que se nombra en la Escritura, es Nemrod, hijo de Cus, hijo menor de Cam. «Aquel comenzó á ser poderoso en la tierra, y fué forzado cazador delante del Señor, por lo cual salió el proverbio: *Forzado cazador delante del Señor como Nemrod* (1).» Estas palabras, *forzado cazador*, han sido tomadas generalmente en mal sentido. Los intérpretes cristianos y los escritores orientales miran generalmente á Nemrod como el primer tirano. Su nombre significa tirano en árabe (2). Después de haber prestado algunos servicios á sus contemporáneos, domando y matando á las bestias feroces, terminaría por emplear su fuerza y destreza en subyugar á sus mismos contemporáneos. Esta expresión proverbial *forzado cazador delante del Señor como Nemrod*, nos enseña que era muy real y muy grande, puesto que lo era también delante de Dios; nos muestra además que, en su tiempo, Jehová ó el Eterno era conocido y adorado de todo el mundo, puesto que su nombre entraba á formar parte en las locuciones populares.

La Escritura añade: «El principio de su reino fué Babilonia, Arach, Acad y Calane, en tierra de Senaar. De esta tierra salió Assur y edificó á Ninive y las plazas de la ciudad, y á Chale, y también á Resen, entre Ninive y Chale; ésta es la ciudad grande (3). Estas últimas palabras se aplican naturalmente á Chale ó á Resen. Lo que nos hace ver que Ninive no era aún la gran ciudad del Asia cuando Moisés escribía (4). Esta circunstancia, así como esta otra, referentes á la enumeración de las ciudades de Canaam, en la cual no habla de Tyro, sino de Sidon, que es en efecto más antigua, son una gran prueba de la remota antigüedad de sus libros.

Mas volviendo á lo que hemos dicho, se ve allí como dos reinos, el de Nemrod y el de Assur. Y de hecho el profeta Micheas distingue la tierra de Assur ó la Assiria de la tierra de

(1) *Gén.*, 10, 8 y 9.

(2) *Biblioth. orient.*, art. Nemrod.

(3) *Gén.*, 10, 11 y 12.

(4) *Michaelis*.



Nemrod ó la Babilonia (1). En tiempo de Abraham, vemos á Amraphel, rey de Senaar ó de Babilonia, y á Codorlahomor, rey de Elam, país llamado también de Elam, hijo de Assur. Pero hay aquí esto de notable: el rey de Babilonia con otros dos, aparece como aliado ó vasallo del rey de Elam. Este es el más poderoso; los reyes de Sodoma, de Gomorra, de Adama, de Seboim y de Bela, le pagan tributo muchos años. De resultas de haberse negado á pagarle, viene con sus tres aliados á combatirles; les derrota, y después es él mismo derrotado por Abraham y sus tres confederados. Todo nos demuestra que el reino de Nemrod no había sido gran cosa, ó que era muy débil bajo sus sucesores. Casi cada ciudad tenía entonces un rey. Las cinco ciudades de la Pentápolis formaban otros tantos reinos. Más tarde, bajo Josué, cuando los israelitas entraron en la tierra prometida, encontraron por lo menos una cuarentena de reyes, de los cuales uno se alababa de haber hecho comer á setenta bajo su mesa. Homero, que se supone haber vivido hácia el octavo siglo antes de Jesucristo, cuenta una docena de los más famosos en esta parte de la Grecia, que hoy no es bastante extensa para encontrar uno solo (2). Ni Moisés ni Homero hablan de monarquía alguna importante. La primera que aparece de este género en la historia cierta, es la monarquía assiria de Ninive, seis ó siete siglos antes de Jesucristo. No se sabe dónde colocar á Nino y á Semiramis, de los cuales Ctesias, autor poco digno de crédito, y otros después, alaban sus victorias y conquistas. Herodoto, que sin embargo estuvo en Babilonia, no aprendió el nombre de Nino como rey de los asirios, sino que habla de él como padre de un rey de Lydia (3); en cuanto á Semiramis, no la coloca sino mucho tiempo después de Moisés, y solamente siete generaciones antes de Ciro. El caldeo Beroso tacha á los historiadores griegos de haber imaginado falsamente que Semiramis fundó á Babilonia, y de

(1) *Mich.*, 5, 6.

(2) Estas palabras se escribieron en 1832, cuando costaba trabajo encontrar un rey para el nuevo reino de Grecia.

(3) *Clio*, c. 7.

haber escrito, contra toda verdad, que construyó los maravillosos monumentos que, según él, eran debidos á Nabucodonosor (1). Hay más: Abideno dice textualmente que los caldeos no se daban cuenta alguna de Nino y de Semiramis (2). Todo esto, bien considerado, la vasta dominación y las grandes conquistas de uno y otro, parecen pertenecer á la fábula mucho más que á la historia.

Un descubrimiento reciente acaba de arrojar gran luz sobre estas tinieblas, viniendo á confirmar lo que dicen Beroso y Abideno. Sobre las vertientes de una grande y elevada montaña, entre Bagdad y Ecbatana, se encuentran diversos monumentos, reconocidos como ejecutados de orden de Semiramis. Entre los bajos relieves que adornan estos monumentos, hay uno, citado especialmente por Diodoro de Sicilia, que representa catorce personajes, comprendiendo el monarca persa con su buen genio cerniéndose sobre su cabeza. Hoy la mayor parte de los viajeros están de acuerdo en reconocer en este magnífico bajo-relieve la victoria de Salmanasar, rey de Asiria, sobre las diez tribus de Israel. Los jefes de estas tribus están allí representados por los personajes que se ven figurados. Uno de ellos, cubierto con una especie de mitra, ha sido reconocido que es el que representa la tribu sacerdotal de Leví. Según este descubrimiento, la famosa Semiramis será posterior á Salmanasar, que puso fin al reino de Israel, setecientos diez y ocho años antes de Jesucristo (3).

En cuanto á Belus, que se supone fué el primer fundador del imperio babilónico, hay más incertidumbre aún. El nombre de Belus, Bel ó Baal, quiere decir señor, dueño. Parece que se daba antiguamente al verdadero Dios. Se lee en el profeta Oseas: *Y en este día, dijo el Eterno á la raza de Jacob, tú me llamarás Ischi, mi marido, mi esposo; y no me llamarás más Baali, mi dueño* (4); esto era porque este

(1) Euseb., *Chronic.*, l. 1, c. XI, p. 32, edit. Milan. *Et apud Syncel.*

(2) Euseb., c. XII, p. 36.

(3) *Lecciones de Arqueología*, por M. Raul Rochette, *Gazette du Clergé*, 25 de Julio de 1832.

(4) Oseas, c. 2, 16.



nombre había sido dado á los ídolos. Parece tambien que, en el origen, los caldeos entendian por este nombre el Dios creador. Hemos visto en un pasaje de Beroso, que habiendo dividido Belus las aguas y las tinieblas primitivas, separó la tierra y el cielo y ordenó el universo; con su propia sangre, mezclada con tierra, hizo formar por otro Dios los hombres, que por esta razon participan de la inteligencia divina. El mismo, en fin, creó el sol, la luna y las estrellas (1). Es difícil desconocer en estas palabras al verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. Pero este nombre, que de suyo no significa más que dueño, señor, podía darse á un marido, á un padre, á un rey. Así los tres aliados de Abraham son llamados en hebreo sus *Baali-Scritih*, ó los señores de su alianza. En la série de los tiempos, cuando la idolatría prevaleció, los caldeos confundieron, bajo el nombre de Bel, la idea primitiva de Dios y la idea humana de uno de sus monarcas, de Nemrod, que quizá habrá podido llegar á ser el objeto principal de su culto.

La idolatría es en general una especie de supersticion que rinde á la criatura el culto que no es debido más que al Criador (2). La supersticion es un exceso, una efusion desordenada del sentimiento religioso; la idolatría no supone que se ignora el Dios verdadero. Lo que hace indisculpables á los paganos, segun San Pablo, es que, no conociendo á Dios por las cosas que han sido hechas desde la creacion del mundo, no le glorificaron como á Dios, sino que se extraviaron en sus vanos razonamientos (3). No supone más que el no rendir culto al verdadero Dios. «Es ignorar los primeros principios de la teología, dice Bossuet, no querer entender que la idolatría adoraba todo, así al verdadero Dios como á los demás (4).» «Entonces, dice el mismo escritor en otra parte, todo era Dios, excepto Dios mismo; es una figura oratoria que se aplica cuando más á algun caso particular. La idolatría no supone

(1) Beroso, c. II, págs. 11 y 12.  
 (2) *Summa*, S. Th., 22, q. 95.  
 (3) Rom., 1, 21.  
 (4) Carta 256; *A. M. Brisacier*, t. XXXVIII, pág. 260, edic. de Versailles.

que se rehusa á Dios el rango supremo.» «Los gentiles que sirven á la criatura más que á su Criador, dice San Ireneo, atribuyen sin embargo el primer rango de la divinidad á Dios Criador de este universo (1).» En fin, la idolatría no supone que este conocimiento pueda ser universal. San Agustín ha dicho excelentemente, sobre estas palabras del Salmo, *Dios conocido en la Judea*: «Tal es la fuerza de la verdadera Divinidad, que no puede estar enteramente oculta á la criatura racional que llega al uso de razon; porque, excepto un pequeño número donde la naturaleza es de todo punto depravada, todo el género humano confiesa á Dios autor de este mundo.

Así, segun este gran doctor, los paganos conocian al verdadero Dios; pero no tan bien como los judíos: comparativamente á estos últimos, estaban en la ignorancia. Y hé aquí lo que explica naturalmente el doble lenguaje de la Escritura, cuando dice que las naciones conocian á Dios, y sin embargo no le adoraban.

El primer vestigio de la idolatría que nos descubren los libros santos, es en los antepasados del pueblo hebreo. Estando el valeroso Josué cerca del fin de sus dias, reunió á todo su pueblo y le dijo: «Así habla Jehová, Dios de Israel: Vuestros padres, Tharé, padre de Abraham y de Nachor, habitaron desde el principio de la otra parte del rio (del Eufrates), y sirvieron á dioses ajenos. Mas yo saqué á vuestro padre Abraham de los confines de la Mesopotamia, y le traje á la tierra de Canaan, y multipliqué su linaje.» Habiendo despues narrado todas las maravillas que el Eterno había operado en su favor, concluyó diciendo: «Ahora, pues, temed á Jehová y servidle de corazon perfecto y muy sincero, y rechazad á los dioses que sirvieron vuestros padres en la Mesopotamia y en el Egipto, y servid á Jehová. Pero si os parece malo servir al Eterno, se os da á escoger; elegid hoy lo que os agrada, á quien principalmente debais servir, si á los dioses á quien sirvieron vuestros padres en la Mesopotamia, ó á los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitais; que yo y mi casa ser-

(1) *Adv. hæres.*, lib. II, cap. IX.



viremos á Jehová (1).» Es, pues, cierto que los antepasados de los judíos, entre otros Tharé, padre de Abraham, cuando moraban en la Caldea, sobre las orillas del Eufrates, servian á otros dioses que el Eterno; se duda si Abraham mismo siguió algun tiempo su ejemplo. Como quiera que sea, el Dios de la gloria se le apa-

(1) Josué, cap. XXIV.

reció y le dijo: «Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré.» Al punto salió de la tierra de los Caldeos para ir á la de Canaan (1). Tharé, su padre, le siguió en este viaje con Lot, su sobrino, convertidos sin duda por la revelacion divina.

(1) *Act., apost.*, cap. VII. Gén., 11, 31.